

Helena Calsamiglia Blancafort  
Amparo Tusón Valls

# Las cosas del decir

Manual de análisis  
del discurso

*Editorial Ariel*

Diseño cubierta: Nacho Soriano

1.ª edición: febrero 1999

1.ª reimpresión: enero 2001

© 1999: Helena Calsamiglia Blancafort  
y Amparo Tusón Valls

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo:

© 1999 y 2001: Editorial Ariel, S. A.  
Provença, 260 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-344-8233-9

Depósito legal: B. 4.588- 2001

Impreso en España

2001 – Romanyà/Valls, S. A.  
Plaça Verdaguer, 1  
08786 Capellades (Barcelona)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño  
de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida  
en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico,  
químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,  
sin permiso previo del editor.

## 4.2.1. LA DEIXIS: TIPOS Y FUNCIONES

Cliente — ¡camarero, este croissant está duro!

Camarero — ¡ah!, ¿lo quería usted de hoy?

Cliente — ¡pues claro!

Camarero — entonces, venga usted mañana.

¿Dónde reside la «gracia» en este chiste? Precisamente en el hecho de utilizar de forma ambigua el deíctico temporal *hoy*. Se supone que el cliente quiere que el croissant sea de *hoy*, «hoy», porque si es de *hoy* «mañana», le ocurrirá lo mismo que «hoy», que está duro porque es de «ayer». Obsérvese que la correcta interpretación de esas piezas tiene que hacerse tomando como referencia el momento de la enunciación.

Las lenguas tienen la capacidad de «gramaticalizar» algunos de los elementos contextuales, a través del fenómeno de la «deixis», fundamental dentro de lo que se conoce como *indexicalidad*. Con este mecanismo, quienes participan en un encuentro comunicativo seleccionan aquellos elementos de la situación (personas, objetos, acontecimientos, lugares...) que resultan pertinentes o relevantes para los propósitos del intercambio, los colocan en un primer plano o formando el fondo de la comunicación y, a la vez, se sitúan respecto a ellos. La indexicalización permite jugar con los planos, con los tiempos y con las personas en el escenario de la comunicación. Aunque las expresiones indéxicas pueden ser de muchos tipos, las lenguas poseen unos elementos que se especializan precisamente en este tipo de funciones, nos referimos a los elementos **deícticos** de los que vamos a tratar en este apartado.

En esencia, la deixis se ocupa de cómo las lenguas codifican o gramaticalizan rasgos del **contexto de enunciación** o **evento de habla**, tratando así también de cómo depende la interpretación de los enunciados del análisis del contexto de enunciación. [...] Los hechos deícticos deberían actuar para los lingüistas teóricos como recordatorio del simple pero importantísimo hecho de que las lenguas naturales están diseñadas principalmente, por decirlo así, para ser utilizadas en la interacción cara a cara, y que solamente hasta cierto punto pueden ser analizadas sin tener esto en cuenta (Levinson, 1983: 47).

Los elementos deícticos son piezas especialmente relacionadas con el contexto en el sentido de que su significado concreto depende completamente de la situación de enunciación, básicamente de *quién las pronuncia, a quién, cuándo y dónde*. Son elementos lingüísticos que señalan, seleccionándolos, algunos elementos del entorno contextual. La deixis ha sido objeto de interés para la filosofía y la lingüística y es uno de los fenómenos que más específicamente atañe a la pragmática dada su función de indicador contextual, tanto en la elaboración como en la interpretación de los enunciados. Los *deícticos* (llamados *conmutadores* por Jakobson, 1957) son elementos que conectan la lengua con la enunciación, y se encuentran en categorías diversas (demostrativos, posesivos, pronombres personales, verbos, adverbios) que no adquieren sentido pleno más que en el contexto en que se emiten. Así como los elementos léxicos no adquieren sentido pleno más que

en su uso contextualizado, en los déicticos este carácter se ve acentuado al máximo. Por eso Jespersen y Jakobson les confieren un estatus especial (Kerbrat-Orecchioni, 1980). Sobre la indexicalización, en general, y sobre la deixis, en particular, se pueden consultar, entre otros, los trabajos de Bühler (1934), Lyons (1968, 1975 y 1977), Fillmore (1971, 1975), Levinson (1983) y Hanks (1992). Para la deixis en español, véanse los estudios de Cifuentes (1989) y Vicente (1994).

La deixis señala y crea el terreno común —físico, sociocultural, cognitivo y textual—. Los elementos déicticos organizan el tiempo y el espacio, sitúan a los participantes y a los propios elementos textuales del discurso. De acuerdo con esto, cinco son los tipos de deixis, según a cuál de esos aspectos se refiera: deixis *personal*, *espacial*, *temporal*, *social* y *textual*. Los elementos déicticos suelen formar clases cerradas y son principalmente los pronombres, los artículos, los adverbios y los morfemas verbales de persona y de tiempo, pero también algunos verbos, adjetivos y preposiciones. Los términos déicticos pueden usarse en un sentido *gestual* o en un sentido *simbólico* (Levinson, 1983), como lo muestran los siguientes ejemplos:

1. Uso déictico y gestual: *Me duele aquí* (señalando el estómago).
2. Uso déictico y simbólico: *Aquí* (en este país) *se acostumbra a almorzar a la una del mediodía*.

Veamos cómo se define —a partir de los elementos déicticos— la situación de enunciación.

<i>Deixis</i>	<i>Contexto-marco de la enunciación</i>		<i>«Mundo exterior»</i>
de persona	YO (mío) NOSOTROS/AS (nuestro)	TÚ/USTED/VOS (tuyo, suyo)	ÉL/ELLA/OS/AS (suyo)
	NOSOTROS/AS		
		VOSOTROS/AS/USTED/ES (vuestro, suyo)	
de lugar	AQUÍ/ACÁ ESTE/A/O	AHÍ ESE/A/O	ALLÍ/ALLÁ AQUELL/A/O
	CERCA		LEJOS
de tiempo	AHORA		ENTONCES (antes/después)

*Deixis personal*: Señala a las personas del discurso, las presentes en el momento de la enunciación y las ausentes en relación a aquéllas. En espa-

ñol funcionan como déicticos de este tipo los elementos que forman el sistema pronominal (pronombres personales y posesivos) y los morfemas verbales de persona. A través de los déicticos de *persona* seleccionamos a los participantes en el evento. Pero esa selección es flexible y puede cambiar. Quien habla es el «yo», sin duda, pero a través de la segunda persona podemos seleccionar a diferentes interlocutores, de forma individual o colectiva, para ello habrá que tener en cuenta a quién nombramos con la tercera persona (también de forma individual o colectiva). Quien ahora es «tú» puede pasar a ser «ella» o parte de «ellos» o «ellas» en un momento dado y viceversa, de forma que vamos incorporando o alejando del marco de la enunciación a alguna o algunas personas. Lo mismo ocurre con la primera persona del plural, que puede equivaler a un «yo» + «tú» (o «vosotros/as») o no y equivaler a un «yo» + X (menos «tú» o «vosotros/as» o menos parte de «vosotros/as») y ese «X» puede estar presente o no en el momento de la enunciación. Con la segunda persona del plural sucede algo similar, ya que puede incluir a todos o parte de los presentes (y el resto pasar a ser parte de «ellos» o «nosotros»), o a todos o a parte de los presentes más alguien ausente. En cuanto a la tercera persona, con ella se nombra lo que se excluye del marco estricto de la interacción, pero, como hemos ido viendo, la persona o personas que denominamos como «él», «ellos», «ella», «ellas» pueden estar presentes o no. Al uso de las personas gramaticales hay que añadir las posibilidades que ofrece la deixis social y que permite ya no sólo seleccionar a los «actores», sino también caracterizarlos socioculturalmente. La *deixis social* señala las identidades de las personas del discurso y la relación entre ellas o entre ellas y la (posible) audiencia. Sirven para este cometido los elementos del sistema de tratamiento formado por algunos pronombres, los apelativos y los «honoríficos» (véase el capítulo 5).

Los siguientes esquemas intentan mostrar alguna de las configuraciones que pueden adquirir las relaciones entre los actores de un intercambio comunicativo a través de la utilización de los elementos déicticos de persona.

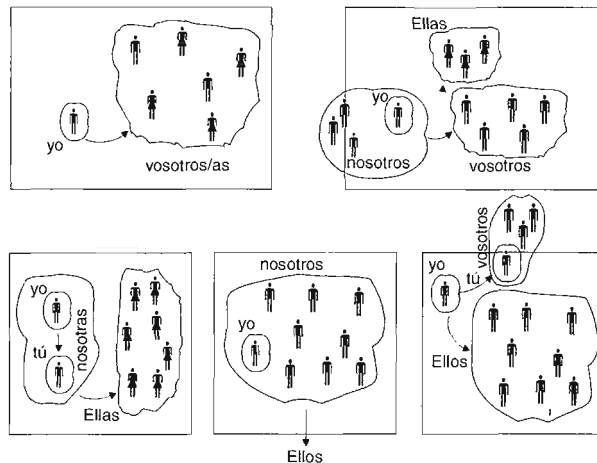


FIG. 1.

Otra forma de esquematizar las relaciones entre los interlocutores nos la proporciona Kerbrat-Orecchioni (1980: 55):

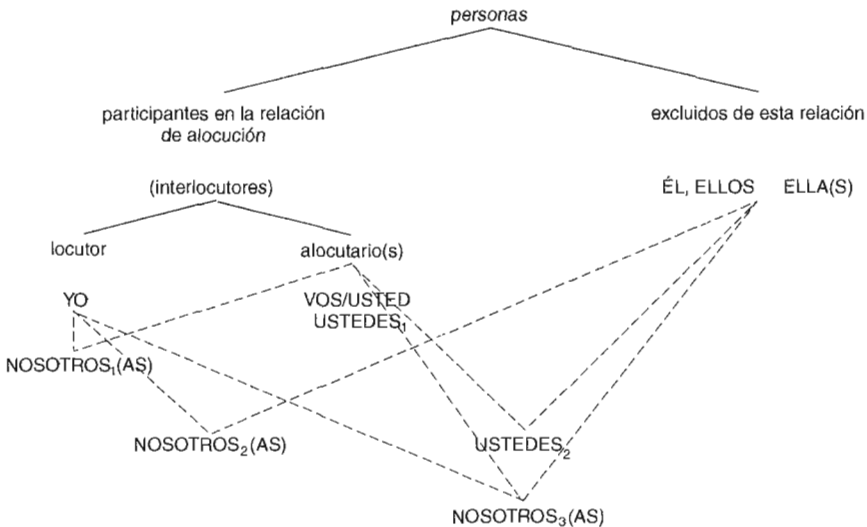


FIG. 2.

*Deixis espacial:* Con la deixis espacial se organiza el lugar en el que se desarrolla el evento comunicativo. Para ello se selecciona, del entorno físico, aquello que interesa destacar, y se sitúa en el fondo o fuera del «escenario» aquello que no interesa o sólo de forma subsidiaria, es decir, se construye el «proscenio» y los decorados del fondo del escenario. La deixis espacial señala los elementos de lugar en relación con el espacio que «crea» el yo como sujeto de la enunciación. Cumplen esta función (véase Kerbrat-Orecchioni, 1980: 63-70) los adverbios o perífrasis adverbiales de lugar (*aquí o acá / ahí / allí o allá; cerca / lejos; arriba / abajo; delante / detrás; a la derecha / a la izquierda*, etc.), los demostrativos (*este/a / ese/a / aquel/la*), algunas locuciones prepositivas (*delante de / detrás de, cerca de / lejos de*), así como algunos verbos de movimiento (*ir / venir, acercarse / alejarse, subir / bajar*). Como veíamos con la deixis de persona, también podemos jugar con el espacio y «mover» los elementos según nuestros propósitos. Así el «aquí» o «acá», «esta» o «este» puede señalar algo que está en mi persona o algo que está cerca de «nosotros», puede ser «aquí, en mi pierna» o «aquí, en el planeta Tierra»; igual sucede con el «ahí» / «ese/a», «allí» o «allá» / «aquel/la», ya que su sentido siempre tendrá que interpretarse de forma local, en relación con lo que hemos designado como «aquí», y seguramente teniendo en cuenta otros factores del contexto, por ejemplo, elementos no verbales (gestos, miradas, posturas, movimientos, etc.) como hemos visto en el capítulo 2. La deixis espacial tiene, además, una función muy importante —si se quiere de tipo metafórico— para marcar el *territorio*, el espacio público y el privado, y, como consecuencia, para señalar la imagen y la dis-

tancia de las relaciones sociales, como lo demuestran expresiones del tipo *pasarse de la raya; meter la pata; ponerse en su sitio; no pase usted de ahí; póngase en mi lugar, no te metas donde no te llaman*, etc.

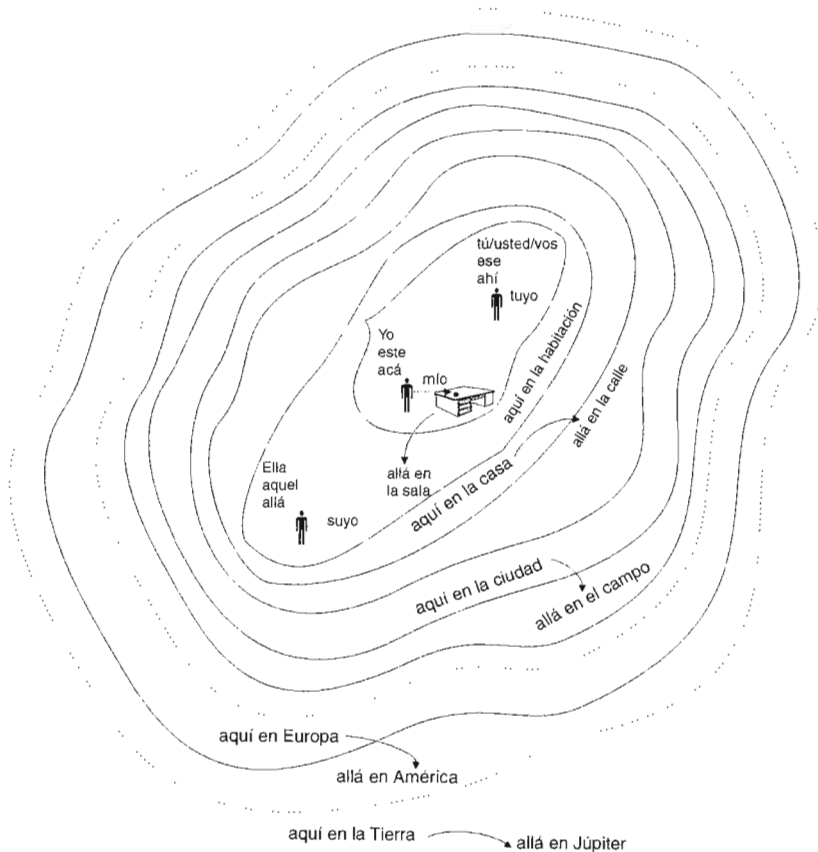


FIG. 3.

*Deixis temporal:* Indica elementos temporales tomando como referencia el «ahora» que marca quien habla como centro deíctico de la enunciación. Básicamente cumplen esta función los adverbios y las locuciones adverbiales de tiempo, el sistema de morfemas verbales de tiempo, algunas preposiciones y locuciones prepositivas (*antes de / después de, desde, a partir de...*), así como algunos adjetivos (*actual, antiguo / moderno, futuro, próximo...*). Veamos las referencias deícticas de tiempo tal como las presenta Kerbart-Orecchioni (1980: 61-62):

	Deícticos Referencia: T <sub>0</sub>	Relativas al cotexto Referencia: y expresado en el cotexto
Simultaneidad	en ese momento; ahora	en ese/aquel momento; entonces
Anterioridad	ayer; anteayer; el otro día; la semana pasada; hace un rato; recién, recientemente	la víspera; la semana anterior; un rato antes; un poco antes
Posterioridad	mañana; pasado mañana el año próximo; dentro de dos días; desde ahora; pronto (dentro de poco); en seguida	al día siguiente; dos días después al año siguiente; dos días más tarde; desde entonces; un rato después; a continuación
Neutros	hoy: el lunes (= «el día más próximo, antes o después, a T <sub>0</sub> »); esta mañana, este verano	otro día

FIG. 4.

Con la deixis de tiempo ponemos las «fronteras» temporales que marcan el «ahora» respecto al «antes» y al «después». Pero los límites que se marcan con el «ahora» pueden también referirse a una secuencia particular dentro del evento, sería el caso del «ahora» más estricto o pueden referirse a un tiempo que abarca mucho más de lo que dura el evento (por ejemplo: «ahora» = siglo XX). Por ello el sentido de los deícticos de tiempo también tiene que interpretarse localmente, de acuerdo con las coordenadas concretas en que esas piezas se utilizan.

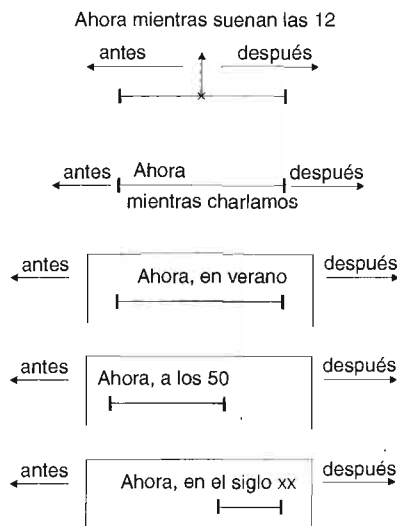


FIG. 5.



La aportación de Weinrich (1964) sobre este tema es muy valiosa porque estudia el uso de los tiempos verbales en los textos, desde una perspectiva comunicativa. Coincidiendo con la orientación enunciativa de Benveniste, defiende el estatuto subjetivo del tiempo en la lengua. Efectivamente, para empezar, distingue claramente el Tiempo Lingüístico del Tiempo Físico (cuarta dimensión, lineal, irreversible y unidireccional) y del Tiempo Cronológico (relativo a los acontecimientos, percibido y pensado en bidireccionalidad, hacia el pasado y el futuro, base del calendario establecido convencionalmente). El Tiempo Lingüístico, aunque presupone el tiempo cronológico, no coincide con éste: presenta la particularidad de tener al hablante como centro déctico para que éste implante así su perspectiva por medio del sistema déctico de tiempo.

No se trata en la teoría sistemática de la *expresión* del tiempo —la cual puede, en nuestras lenguas, corresponder a un nombre sustantivo o a otras categorías gramaticales—, sino de una *implicación* (y de una subsiguiente *explicación*) de orden estrictamente formal: el verbo *implica* el tiempo en su forma misma, y no en virtud de su sustancia semántica, y, al implicarlo, lo *explica* por un desfile de casos temporales, cosa de la que no es capaz el sustantivo ni ninguna otra parte de la oración (Molho, 1975: 35).

[El verbo] se presenta como un sistema de representaciones temporales, que son otras tantas conceptibilidades que la mente se da del tiempo que por experiencia percibe (*ibid.*, 1975: 61).

Para Weinrich, el verbo, con sus morfemas de tiempo, tiene el valor de poder ser usado para organizar la predicación como no se puede hacer con ninguna otra categoría gramatical, ya que proporciona pistas recurrentes de los dos modos fundamentales de representar la realidad: como relato o como comentario (véase Calsamiglia, 1989). Weinrich divide en dos grupos los tiempos simples y compuestos del indicativo. Un grupo para referirse al *mundo narrado* y otro grupo para referirse al *mundo comentado*. Para cada uno de los grupos establece un origen o tiempo **0** (**TO**) que se instaura para mostrar al destinatario la posición que toma el hablante. Para representar el mundo narrado hay dos **TO**: el Pretérito y el Indefinido. Para representar el mundo comentado sólo un **TO**: el Presente. El resto de los tiempos de uno y otro grupo se sitúan con respecto a su origen de forma retrospectiva o prospectiva: designan la perspectiva comunicativa relativamente al punto **0** de los grupos temporales correspondientes. La distribución, sin pretender ser exhaustiva, queda como se refleja en el cuadro de la página siguiente.

La asimetría entre los dos grupos, en favor de los tiempos del mundo narrado, la explica Weinrich porque «el lenguaje pone a disposición del mundo del relato más tiempos porque es más difícil situarse en el mundo narrado que en el mundo comentado en el que nos movemos con toda confianza» (*ibidem*: 208). El hablante selecciona un origen y, en principio, se adecua al uso de unos tiempos verbales que concuerdan con este origen a lo largo del texto. Así, un texto narrativo es fácilmente identificable por su anclaje enunciativo en la deixis temporal de la narración. De esta manera, la aparición recurrente de un grupo de tiempos verbales en un texto funciona

<i>Grupo temporal I</i>	<i>Grupo temporal II</i>
<b>mundo comentado</b>	<b>mundo narrado</b>
habrá cantado	habría cantado
cantará	cantaría
va a cantar	iba a cantar
<b>canta (T0)</b>	<b>cantaba (T0)</b>
	<b>cantó (T0)</b>
ha cantado	había cantado
	hubo cantado
acaba de cantar	acababa de cantar
está cantando	estaba cantando

como una «llamada» a la conciencia del Oyente o Lector para que considere aquello que se representa a través del discurso como algo que le implica (mundo comentado) o como algo que le libera de la coerción de la situación y que le emplaza en un escenario distinto (mundo narrado).

La combinación de adverbios y otros organizadores textuales con el sistema de los tiempos verbales es de crucial importancia en la creación de la coherencia textual.

Frente al presente del «mundo comentado» hay una pareja en el «mundo narrado». La existencia de esta pareja la interpreta Weinrich como un indicio de que debe estar en relación con el «narrar». El imperfecto, efectivamente, se encuentra en el principio de la narración, en la exposición que introduce al receptor al mundo narrado. El indefinido se encuentra, sobre todo, en el núcleo de la narración. Así pues, el indefinido reproduce los momentos esenciales, el imperfecto introduce las circunstancias más secundarias. [...] Algunos organizadores como «de repente», «de pronto», advierten que se acerca una complicación y suelen asociarse también al indefinido; otros como «después», «enseguida» parecen indicar la sucesión de los acontecimientos, así como «entonces» se asocia a la resolución (Ramspott, 1992: 102-103).

De hecho, los tiempos verbales, más allá de su valor deíctico estricto en relación con el momento de la enunciación, tienen un valor simbólico y estructurador de los diferentes tipos de discurso, como señala Ramspott en el fragmento que acabamos de citar. La narración es el espacio de los juegos de los tiempos del pasado. En la explicación tiende a dominar el presente, así como en la descripción, aunque, en este último caso, depende de cuál sea el entorno en el que se sitúa una descripción (por ejemplo, si aparece como parte de una narración, el imperfecto es el tiempo típico). Para la argumentación parece que el condicional y el futuro son los tiempos más apropiados (véase el capítulo 10).

Esto no significa, sin embargo, que los textos muestren siempre homogeneidad en los tiempos verbales, porque la alternancia de tiempos y su ocurrencia en contextos no esperados les confiere funciones nuevas. Esas funciones que algunos autores han llamado «secundarias», «dislocadas» o «metafóricas» y que permiten a los deícticos tener un papel en la modalización y en la expresión del matiz. El hecho de que se encuentren cambios de

un grupo a otro en el decurso de un mismo texto permite estudiar la función fundamental que éstos cumplen. Weinrich justifica la aparición de tiempos no concordantes por la utilización metafórica; es decir, una vez establecidos los valores comentativos o narrativos de los distintos tiempos de indicativo, si aparecen en un contexto que no les corresponde, adquieren una significación metafórica que **sólo** se puede dar en el co-texto. La aparición de tiempos del grupo narrativo en el contexto de los tiempos del comentario constituyen metáforas que **limitan** el efecto o apariencia de validez del discurso comentativo, suavizando su contenido originario con matices de cortesía, modestia, cariño, transposición a un mundo que no es real y, en general, aportando distancia y relajamiento en la implicación del enunciador. Por el contrario, la aparición de tiempos del grupo del comentario en el contexto de los tiempos de la narración constituyen metáforas que **intensifican** la apariencia de validez del discurso, aportando matices de tensión, dramatismo o, simplemente, compromiso.

Las dos formas fundamentales de las metáforas temporales podemos localizarlas bajo el concepto de *como si*: se comenta *como si* se narrase (con lo que se limita su validez) o se narra *como si* se comentase (con lo que se insiste sobre la validez). El lenguaje no sólo gusta de perspectivas, sino también de ilusiones de perspectiva (Weinrich, 1964: 167).

De ahí se derivan, por ejemplo, los valores cortesés «yo venía a ver si me prestaba unas sillas para una cena que tenemos hoy» o el valor de realidad evocada en los juegos de los niños «yo era el rey y tú el gato con botas» en el mundo del comentario o bien el presente usado en las narraciones, como puede verse en el siguiente fragmento de la conversación que hemos presentado en el capítulo 2:

13. V — == y yo bajé: | (???) cuando bajé:: a probarme aquella noche <...> que tú te ibas a cenar
14. pues entonces bajé ||
15. M — == explicaselo explicaselo
16. V — == y luego el domingo tu padre estaba ahí || y no dijo nada | y luego el domingo le digo
17. Virginia y digo que:: que ha dicho la Loli y la:: y la Rosa digo que van a poner ¡es verdad!
18. que van a poner un autocar || pa ir todos como los borregos todos juntos [risas] <...> juntos
19. <...> y dice tu padre || anda
20. M — ¡no::!
21. V — ¿no? ¿cómo fue?
22. M — fue tu marío que le dice::
23. V — == bueno sí uno de los dos
24. M — fue tu marío tu marío fue el que empezó | fue (???) tu marío que le dice al papa
25. salta y dice | ¡oye Pozuelo! || y:: y ¿tú dejas de ir a:: a tu mujer a la fiesta? | dice hombre me ha
26. dicho que si no deajo ir a la fiesta que no va la tuya dice | ANDA | pues si la mía me ha dicho
27. lo mismo que si no vas<...>

*Deixis textual*: este tipo de deixis señala y organiza las partes del texto unas con respecto a otras. El texto en sí mismo se convierte en el espacio y en el tiempo de referencia, donde existe un *antes* y un *después*, un *arriba* y un *abajo*. Por ello, para esta finalidad se suelen utilizar, preferentemente, expresiones adverbiales de lugar y tiempo (véase el capítulo 8).

Los déicticos textuales se utilizan especialmente en la escritura y en un sentido metafórico, ya que el texto se presenta con un anclaje enunciativo propio, distinto del momento de la enunciación, que es diferida en el tiempo y en el espacio. Ahora bien, son piezas esenciales para marcar la organización textual, ya que se utilizan para señalar otras partes del texto. Veamos algunas expresiones:

*antes que nada, primero de todo, primero, en primer lugar,  
por un lado, por otro; por una parte, por otra  
entonces, luego  
antes, hasta el momento, más arriba, hasta aquí  
en este momento, aquí, ahora, al mismo tiempo, mientras, a la vez  
después, luego, más abajo, seguidamente, más adelante  
por último*

Es precisamente la ductilidad de los elementos déicticos lo que les confiere una importancia especial como marcadores contextuales y, por lo tanto, como indicios que las personas utilizamos para crear las escenas en que vamos interactuando. Por su referencia esencialmente difusa, su significado tiene que negociarse entre quienes participan en un encuentro. De su correcta interpretación, que siempre ha de ser *situada*, depende buena parte del éxito de la comunicación, sobre todo cara a cara.

\* \* \*

Para concluir este apartado dedicado a los usos déicticos veamos el siguiente fragmento final de una conversación telefónica entre dos conocidos, M y S. M es una mujer de fuera de Cataluña, que está pasando unos días en Barcelona, en casa de su amiga A —desde donde habla—. S es un hombre, amigo de M y A, que vive en Sant Cugat —desde donde habla—, una población a catorce kilómetros de Barcelona. En una conversación anterior a la llegada de M a Barcelona, M y S habían quedado en la posibilidad de verse durante la visita de M. La transcripción que presentamos refleja la parte final de la llamada de S para concretar el encuentro.

- [...]
1. M — ¿cuándo nos veremos?
  2. S — yo ahora voy a salir l y a las ocho vendré \
  3. M — ¿adónde?
  4. S — aquí \
  5. M — ¡ah! entonces ¿voy yo a san cugat?
  6. S — no no \ ya vendré yo aquí
  7. M — [perpleja] ¡¿adónde?!
  8. S — a barcelona \ a casa de A
  9. M — ¡a::h! de acuerdo \ hasta luego \
  10. S — hasta luego \

(Tusón, 1988: 145-146).

Como se puede observar, entre las líneas 3 y 7, se produce una dificultad a la hora de acordar dónde se van a ver. Esta dificultad radica en el uso que S hace del verbo *venir* y del adverbio *aquí* y en la interpretación que de esos mismos elementos hace M. Para explicar este problema es preciso saber algo más: S es catalanohablante y utiliza, aunque hable en castellano, *aquí* y *venir* con un significado posible en catalán pero no en castellano. En catalán ambos elementos pueden usarse para indicar el lugar donde está el «tu» de la enunciación. Así, por ejemplo:

A — [llamando a la puerta] pom, pom

B — [yendo a abrir] ja vinc [tr. literal: *ya vengo*]

Así pues, cuando S utiliza esos dos términos está queriendo decir «a las ocho *iré ahí, adonde estás tú*», pero M los interpreta con el significado que tienen en castellano, su lengua, como «a las ocho *volveré aquí adonde estoy yo ahora*»; a M le parece raro que S le proponga ir a Sant Cugat porque no sabe cómo ir, por eso pregunta repetidamente y muestra extrañeza, hasta que S especifica (línea 8) «a barcelona \ a casa de A», entonces todo queda claro y el encuentro se realiza felizmente...

#### 4.3. Las dimensiones del contexto

La lengua y otras prácticas sociales son interdependientes. Tener un conocimiento etnográfico sobre la localización, sobre la percepción de los otros y las características que se les atribuyen y sobre las condiciones de la organización social tanto en un plano local como en otro más amplio resulta imperativo para la comprensión de los aspectos lingüísticos y no lingüísticos de los eventos comunicativos (Cicourel, 1992: 294).

El conjunto de trabajos publicados bajo la edición de Duranti y Goodwin en 1992 supone una importante puesta al día —hasta ahora posiblemente la más seria— del concepto de «contexto» y de su importancia para el análisis del discurso. En esa obra colaboran diversos autores que comparten —con énfasis particulares— las orientaciones de tipo antropológico, psicosociológico y discursivo que venimos presentando.

Podríamos afirmar, siguiendo los planteamientos de Goodwin y Duranti (1992) que el *contexto* incorpora elementos de orden diverso. En efecto, esos autores distinguen cuatro dimensiones en la configuración contextual:

1. La localización o marco socioespacial.
2. El comportamiento no verbal.
3. La lengua como contexto.
4. El contexto extrasituacional.

Vemos, pues, que, desde este punto de vista integrador, el contexto abarca, por una parte, la dimensión física o localización, en que se desarrolla y se enmarca un evento comunicativo, así como la imagen mental —psi-